**1.** ***Como experimenta Pablo su misión***

 ¿Quién piensa en Pablo como profeta? Parece que la teología e incluso la exégesis se ha olvidado de este aspecto. La culpa la tiene la evolución de la términología empleada para definir su misión y la carga semántica que esta asumió a lo largo de los siglos posteriores. Se dice que Pablo es “apóstol” y, en efecto, el término griego con que a él le gusta definirse es “*apóstolos”* (Rm 1,1; 11,13; 1 Co 1,1; 4,9; 9,1.2.5; 15,9; 2 Co 1,1; 11,12; Ga 1,1; 1 Ts 2,6).

Ahora bien, ese término griego ha sido trasportado al español tal cual (pasándolo a través del latín) y su significado en español ya *solo* se refiere propiamente al grupo de doce discípulos que supuestamente Jesús eligiría como sus sucesores en el gobierno de la iglesia (con su triple poder: gobernar, enseñar y santificar). La iconografía de los “apóstoles” es abundante en las iglesias, y la figura de Pedro, con las llaves de su poder, es la más significativa; a este cuerpo de Doce (al que se ha añadido Pablo, porque él reivindicaba ese apelativo en sus cartas) le seguirían en el tiempo los obispos que serían los sucesores de estos Doce (¿más uno?) a lo largo de la historia, hasta hoy.

 Pero ¿qué entendían los lectores y los oyentes de Pablo cuando leían y oían esta palabra?

 El término *apóstolos* (deverbativo de *apostéllô*, “enviar”) era palabra de uso corriente en la lengua cotidiana de los hablantes griegos, con el significado que ahora tiene el término español “enviado” con la acepción que recoge la RAE: «**Enviado**: Persona que va por mandato de otra con un mensaje, recado o comisión». La palabra para los griegos, pues, tenía el sentido en la vida cotidiana y profana de “comisionado”, “emisario”, en un sentido amplio.

 En el contexto religioso de la cultura hebrea el término correspondiente (el verbo *salah*) aparece con frecuencia formando parte del campo semántico de la llamada y “envío” por parte de Dios de personas concretas con una misión o encargo. La vocación y envío por parte de Dios de personas portadoras de un mensaje suyo, constituye específicamente una de las constantes más características de la cultura religiosa de Israel: **el profetismo**. El profeta es el elegido y enviado, como portador de un mensaje de la divinidad.

 Que Pablo se considera a sí mismo en la línea de las vocaciones proféticas dentro de esa tradición de Israel lo muestran explícitamente sus mismas confesiones:

*Y cuando aquel que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelarme a su hijo para que yo lo anunciara a los pueblos* (no judíos)*, no consulté a nadie…* (Ga 1,15).

 Pablo evoca las palabras de Jeremías:

*El Señor me dirigió la palabra: Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de todos los pueblos* (Jr 1,4s).

 A esta vocación, a su vez, alude la llamada profética del misterioso siervo del Señor en Isaías:

*Estaba yo en el vientre y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre… Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra* (Is 49,1.6).

 Esa **vocación profética**, desde el seno materno como la de Jeremías y la del siervo de Yavé isaiano, para anunciar la salvación a todos los pueblos, la considera Pablo como prototipo de la suya: **profeta** elegido desde el seno materno, para anunciar la salvación a todos los pueblos, esta vez en el marco de la *oikoumene* que representa el imperio cuya cabeza es Roma.

 Pablo, tiene mucho interés en subrayar que ser “enviado” (*apóstolos*), como profeta de parte de Dios no es pertener a un estamento jerarquizado al que se acceda por nombramiento institucional. De hecho, reivindica repetidamente el carácter carismático de lo que considera un servicio, cuya legitimidad proviene de la misma llamada divina (desde el seno materno).

 Resulta patente a través de sus reflexiones en las cartas que ese era un tema candente en el movimiento de Jesús en ese momento. Se estaba constituyendo un grupo en Jerusalén que reivindicaba una autoridad especial para regular y organizar las decisiones de las comunidades o asambleas (*ekklesíai*).

 Pablo tiene el cuidado de reivindicar que su misión no viene legitimada por ese canal jerárquico. Lo hace con fuerza y hasta con ironía:

“*Pues bien, por parte de los respetados por ser algo (lo que fueran o dejaran de ser no me interesa nada, Dios no mira lo exterior del hombre); a mí, como decía, ‘los respetados’ no tuvieron nada que añadirme, todo lo contrario: viendo que se me había confiado anunciar la buena noticia a las naciones (como a Pedro a los judíos, pues aquel que capacitó a Pedro para la misión (*gr. ‘eis apostolén’) *de los judíos me capacitó también a mí para las naciones y reconociendo el don que he recibido, Santiago y Kefas y Juan, los respetados como pilares, nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de solidaridad, de acuerdo en que nosotros nos dedicáramos a las naciones y ellos a los judíos. Solo nos pidieron que nos acordásemos de los pobres de allí, y eso en concreto lo tomé muy en serio*” (Ga 2,6-10).

Ya antes había dejado claro a los fieles de Galacia:

*Les advierto, además, hermanos, que la buena noticia que les trasmití no es invento humano, porque tampoco a mi me la ha trasmitido ni enseñado ningún ser humano sino una revelación de Jesús como Ungido… no consulté a nadie de carne y hueso ni tampoco subí a Jerusalén para ver a los “enviados”* (gr. ‘apostólous’) *anteriores a mí, sino que inmediatamente salí para Arabia… tres años más tarde subí a Jerusalén para conocer a Kefas. No vi a ningún otro enviado* (gr. ‘héteron tôn apostolôn’), *excepto a Santiago, el pariente del Señor* (!). *Y en esto que les escribo Dios me es testigo de que no miento* (Ga1,11-12.17-20).

 Los límites de ese grupo de “enviados”, quiénes y cuántos eran y sus atribuciones, todavía no están claras (¿Santiago el pariente del Señor era considerado uno de ellos?). Todavía hay otros muchos, sin contar a Pablo, a los que se les llama “enviados” (gr. ‘apóstoloi’) sin que pertenezcan al grupo de los Doce; así, en Hch 14,14 se llama a Bernábé y Pablo –en ese orden- ‘apóstoles’; en Rm 16,7 a Andrónico y Junías ¡su mujer!, también se les reconoce como ‘apóstoles’ insignes; 1 Co 12,28 parece indicar que entre los carismas o dones para el servicio que se dan en las comunidades, el primero es el de ‘apóstol’; del mismo modo que 2 Co 8,23 se refiere a los enviados por Pablo con Tito a Corinto, como ‘apostoles’ de las respectivas comunidades de Asia; 1Co 15,7 habla de los ‘apóstoles todos’ como testigos de la resurrección contraponiendolos a ‘los Doce’ (cfr. id. 15,5); en la comunidad de Corinto hay (o han pasado por ella), algunos a los que Pablo tilda de ‘superapóstoles’ calificándolos, además de ‘apóstoles falsos’ (2 Co 11,5.13), estos ‘superapóstoles’ reivindican su condición privilegiada arguyendo el hecho de ser hebreos y más hábiles en el hablar, y parece que creían que esto les autorizaba a vivir a costa de la comunidad; Pablo, por su parte, reivindica como señal de la autenticidad de su condición de “enviado” el hecho de que nunca había vivido a costa de la comunid sino que había trabajado duro para no ser una carga para nadie (2Co 11,5-15).

 En cuanto a los Doce (número completado en Jerusalén con Matías, Hch 1, 21-26) o, al menos, el núcleo de más peso entre ellos, habían escogido como centro de operaciones la capital. Ecos de que esta opción por la capital no era lo deseado por todos se encuentran en Jn 7,1-9; y Hch 1-8,1-4 supone que esa etapa jerosolimitana fue una fase inicial, que se vio superada a las bravas por la persecución y la dispersión consiguiente que obligó a gran parte de las comunidades a salir de la ciudad y de la región aunque los Doce insistieran en permanecer en ella y mantenerla como centro de su actividad (Hch 8,1); solo con ocasión de la guerra contra Roma (a. 66-70) la comunidad al mando de Simeón, que habia sucedido a Santiago hermano (o ¿pariente?) suyo y de Jesús, abandonaría la ciudad definitivamente y se asentaría en Pella, al este del Jordán.

 Resonancias de las discrepancias, si no de las luchas, acerca de con qué criterios se había de actuar para mantener unidos a los seguidores de Jesús y con qué estructura institucional habían de dotarse las comunidades para ello, están muy presentes en muchos dichos recogidos por los evangelistas. Las tentaciones del poder como dominio y el peligro de la jeraquización vertical están explícitamente abordadas y rechazadas con fuerza en muchos pasajes del evangelio:

 *Jesús los reunió y les dijo: Ustedes saben que los jefes de las naciones las dominan y que los grandes les imponen su autoridad. No será así entre ustedes; al contrario, el que quiera hacerse grande sea el servidor de ustedes y el que quiera ser primero sea siervo de ustedes. Igual que el Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos* (Mt 20,25-28; *cfr.* 23,8-12; Mc 9,35; 10,35-45; Lc 22,24-27; Jn 13,1-16).

 Lo cual quiere decir que la institucionalización de un poder vertical representó un problema crucial desde los primeros momentos (y, aún hoy, este sigue siendo un problema no menor).

 Pablo parece conectar con lo que fue el carácter primigenio del movimiento de Jesús. El grupo que Jesús reúne en torno suyo y le acompaña en sus desplazamientos era un grupo itinerante de “anunciadores” de un mensaje de Dios: **que el tiempo del Reinado de Dios había llegado, que este era el momento, y que el hecho constituía una buena noticia para los pobres**.

 En esos términos definía Jesús su misión. Él y sus discípulos ofrecían como grupo una morfología análoga a la de los grupos proféticos de antaño; véanse los ciclos de Elías y Eliseo en 1R 17- 2R 13 de los que tantas resonancias hay en los relatos evangélicos. Los sinópticos concuerdan en que sus enemigos se burlaban de él cuando, preso ya ante el tribunal se dirimía la cuestión de quién era y qué autoridad se atribuía, le daban golpes y desafiaban a profetizar revelando quién le golpeaba, señal inequívoca de que lo ridiculizaban pretendiendo dejar en evidencia la falsedad de ese carácter específico de profeta que la gente atribuían a Jesús (Mt 26,68; Mc 14,65; Lc 22,64).

 Pablo enfatiza el destino universal de ese mensaje de Jesús según el encargo profético a Jeremías y al siervo de Yavé.